

LAS FANTASÍAS DE JUAN SILVESTRE

POR

CARMEN LIRA,

1888-19



FALCÓ & BORRASÉ

EDITORES

D. R.
863.6
L 992.1
CB

JUAN SILVESTRE
DE LAS FANTASÍAS DE

CARMEN LIRA

EDICIONES MINÚSCULAS
AL CUIDADO DE FRANCISCO
SOLER Y JULIAN MARCHENA.



118.



Perfiles borrosos

—Sí, estuve mucho tiempo en el Hospital, pero no profesé. Seguramente me faltaba vocación.

Y Carmen Lira, sumida en la sombra de la sala en que pasa las primeras horas de la noche, con voz clara y un poco infantil, hacía consideraciones acerca de su existencia de novicia.

Fué cuando tenía dieciocho años y su alma, hoy tranquila y tolerante, se quemaba en el fuego de la redención. Llegó al Hospital llena de ilusiones. Mas comprendió muy pronto que allí la caridad resultaba una línea recta en vez de ser la expansión piadosa con que soñaba su fantasía; era tiránica, ruda, obligatoria. Su espíritu libre no logró sujetarse a los reglamentos rígidos. Salió. Entonces fué cuando empezó a escribir y las palabras de consuelo que tenía para los enfermos fueron para el viandante a quien los frutos del camino dan la amargura de la retama del desierto; para el cautivo que ve con ojos de envidia al que circula por el arroyo sin ser más libre que el resto humano; para el inconforme sin patria, desterrado en cualquiera de los lugares en que se encuentre; para todos, en fin, que rodamos cual las piedras sin otro rumbo que aquel que nos imprime el puntapie arbitrario del destino.

No había concluído de hablar, cuando entró un vejete de ojos rojizos y amarillenta barba, que ayu-

daba la debilidad de sus piernas con un bordón grueso y retorcido, único apoyo que le quedara en el mundo.

—Es un amigo mío. Un pobre viejo que no tiene donde dormir y viene aquí; yo le arreglo un colchón sobre las sillas de la sala. Me da mucha pena dejarlo allí tan incómodo, pero mi cama la tiene ahora ocupada ese chiquillo que está enfermo, una víctima de la herencia...

Esta rara mujer que presenta el aspecto de un granuja, vive dos veces. Vive un presente de bien, prodigando alegrías con sus palabras balsámicas, frescas como el rocío, suaves como el musgo; haciendo obras pías con la naturalidad del que se cree obligado por su sola condición humana, para las que se priva de las suavidades de su colchón y se quita el pan de la boca, como sucede en la Leyenda Dorada y en Las Florecillas del hermano Francisco. Y vive en el pasado siempre que escribe: su literatura es evocativa, esencialmente evocativa. No busquéis en ella enredos novelescos, os defraudará; no pretendáis encontrar en ella tramas llenas de bifurcaciones, os engañaréis.

No. Por las páginas de Carmen Lira los recuerdos pasan como los primeros vientos de la primavera, dejando un aroma de montaña, una melancólica alegría de tarde veraniega con oro de sol lento; una alegría confusa de mañana gris, mezclada con la sonrisa de un niño que se marcha triste para la escuela, el bostezo de la vieja que hace hoy lo que hizo ayer y mañana lo que hoy, sin esperanzas de variar; el pañuelo de la muchachuela que se fué con otro y lo dejó olvidado en la casa del amante; nimiedades, nimiedades que son la recia, la intensa realidad.

Carmen Lira es de esos temperamentos que no se conmueven con una catástrofe y se alteran por una lágrima.

Más emoción debe producir en ella la sonrisa implorante de una harapienta que la puñalada que partió un corazón.

Y es seguro que una damisela de Tanagra, cuyo modelador vivió hace hartos siglos, tenga para ella más secretos que el imponente Pensador de Rodin.

Basta ver su cuarto de artista: en una pared un cuadro de Paul Chabas, en la otra un retrato del despeinado Daudet, sobre el tocador un muñequín de porcelana sorprendido indiscretamente en el mismo momento en que con la camisa levantada se dispone a satisfacerse, encima de los libros de Anatole France, las Memorias de Renan, las novelas de Flaubert y las de René Bazin.

La charla de Carmen Lira está impregnada de suave ironía, de una burla amable que acaricia y no se puede precisar, así como no se sabe en qué lugar está el aroma de una noche humedecida por la lluvia. Tiene para las grandezas mezquinas de los hombres una risa que corta, porque, según dice, éstos se le parecen a Palemón el estilista que después de permanecer largos años sobre una columna, meditando en los grandes enigmas del cielo y de la tierra, bajó impulsado por una futilidad a la altura en que se movía el sobrante de los hombres.

En cierta ocasión una gran figura de las letras nacionales llegó a comunicarle que acababan de nombrarla socia del Ateneo.

Ella soltó el trapo de la risa y palmoteando como un pillastre con la cara sucia, respondió:

— ¡Qué felicidad! ¡Ya soy de eso! Lo malo es que en casa no va a haber sitio para guardar tanto honor.

Sin embargo, tras su risa insolente de pillastre vagabundo hecho con barro de alfarería, aletea pausadamente la más espantosa de las tristezas; su alma parece una noche de luna barnizada de claridades, pero en verdad, tenebrosa; mas como es demasiado humana, sufre en las mañanas de sol glorioso porque la vida es corta, y en las tardes glaciales porque no concluye pronto.

Francisco Soler

Juan Silvestre

Quizá no veamos más a nuestro amigo Juan Silvestre. Al despedirse nos dijo que tal vez no tornaría.

Su hermana Gilberta era quien lo retenía en la tierra de sus mayores, y ahora la dulce criatura que lo impregnaba todo con su melancolía, está muerta.

Después de su partida he visitado su cuarto. Al entrar sentí el olor a tabaco que su pipa dejara en aquel ambiente. Su vieja ama abrióme las ventanas y cuando la claridad del día entró, me miró tristemente.

Sobre la mesa, su lámpara apagada derramaba en torno, no su luz blanca y apacible, sino una tristeza infinita. Su sombra me hizo pensar en unos párpados caídos sobre una mirada que se extinguió para siempre.

En mi memoria levantóse el perfil del viejo amigo, con la pipa entre los labios. Me parecía ver su gran cabeza canosa, su fisonomía que dijérase esculpida en piedra, y sus hermosos ojos, lo único bello en este rostro, mirándome

cariñosos. Creí tenerlo ante mí como en mejores días, yendo y viniendo a lo largo de su habitación, para distraer aquella inquietud que la vida le metiera en la carne y que lo obligó desde niño a emprender locos vagabundeos por tierras extrañas.

En la pared quedó prendido el calendario que se fabricó siguiendo la sugestión de Comte, si mal no recuerdo. La fecha del aniversario del nacimiento de su santo predilecto, Angel Ganivet, estaba señalada con una estrella roja. El mes de marzo fué adornado por Gilberta con un ramo de guarias que aún conservaban su color.

Antes de partir, nos dijo: «Soy como esas piedras arrastradas por una corriente poderosa cuya marcha no lleva rumbo ni fin. En estas piedras los líquenes no pueden hender su dureza, ni el musgo tender su caricia inefable. Tampoco se abrirá nunca sobre ellas la sonrisa de una flor».

¿Qué haré de mi vida? Quisiera saber si aún se puede hacer algo cuando la juventud está ya lejos; cuando el amor de que estaba henchido el corazón se consumió con la tristeza con que se marchita la rosa que su dueña negligente dejara olvidada en un vaso sin agua; cuando hasta los ideales abandonan el pensamiento, y en el interior lo que se escucha a menudo es el ruido vulgar de las entrañas que piden de comer.

«Me moveré aún, daré en torno mío el amor que resta en la punta de mis dedos y seguiré vagando sobre la superficie de la tierra, si la fuerza que rige mi vida así lo quiere».

De esta guisa habló Juan Silvestre en una ocasión, y sus amigos lo escuchamos apenados.

A nuestros ruegos nos dejó el cartapacio lleno de sus escritos desordenados, que él llamaba sus Fantasías, de entre los cuales sacamos algunas páginas de su diario y una que otra pieza completa.

—¿A qué vuestra insistencia?—dijo al entregarlo.—No valen la pena, os lo aseguro. ¡Pape-rasse, paperasse! Son los brincos de la ardilla que Dios me dió por imaginación. A veces me tengo lástima. Figuraos que siento que voy a dar a luz un gigante y lo que sale es un miserable terroncillo de azúcar. ¡El parto de los montes, amigos míos! Vosotros mismos habéis esperado siempre de mí algo sobrenatural o serio, y ya véis, he doblado los cincuenta ofreciendo azucarillos y descoloridos globos de papel, inflados con un gas cuyo origen no vale la pena de investigarse. Mi vuelo ha sido como el de esas cometas con que juegan los chiquillos: me he remontado, pero en el extremo de un hilo sostenido por las débiles manos de un niño.

¿En qué lugar del globo se agitará en este instante la figura solitaria del viejo amigo?

C. C.

Dedicatoria

A mi lámpara, a la que amo como a una hermana, dedico estas Fantasías. A su claridad me he acogido en más de una ocasión, como el viajero a la sombra de un árbol, después de una marcha bajo el sol por un camino polvoriento.

Mi lámpara tiene una sombra de junco blanco trenzado; en torno de ella pende un cairel de cuentas de vidrio diminutas de color esmeralda. La luz tiembla entre esta pestaña verde cual una lágrima de amor.

Cuando sus rayos tocan mis ojos, tengo la ilusión de que una blanca mano cariñosa, derrama el aceite de la resignación sobre mi vida.

Juan Silvestre

Las Madamas Bovary

CUANDO era joven, leí la *Madame Bovary* que tantos dolores de cabeza ocasionara a su autor y aun persiste en mí, la sensación penosa que me produjo su lectura. Flaubert asegura que no copió del natural, que su *Señora Bovary*, es una creación suya. Sin embargo, yo no olvido que la más extravagante fantasía está tejida con hilos de realidad, y es indiscutible que él picara aquí y allá en la vida para construir la suya. Más de una mujer me confesó, le parece que nuestro Flaubert hubiese pasado horas de horas asomado a su corazón.

Y desde aquella época lejana en que leí este libro triste tengo la obsesión de encontrar en cada mujer que me sale al paso, la Madama Bovary que vive en su espíritu. Solamente en esas mujeres de pueblo, muy bastas, que no parecen hechas de carne sino de paja seca, o en esas obesas esposas de burgueses ricos, que ayudaron a sus maridos a amontonar monedas y que no les importó si para ello fué preciso hacer longaniza—solamente en estas, digo—no hallé la menor señal

de que por allí pasara nunca, aquella alma inquieta a la que Flaubert diera forma.

Mi prima, Felicidad, encantadora y dulce mujer que ya ha doblado los treinta años soltera, quizá porque los que han venido a hacerle la corte más bien han maltratado que halagado su corazón romántico, me asegura que en ella no puedo haber encontrado lo que llama «mi manía».

Yo he evadido mi respuesta para no hacerla sufrir. Si supiera la pobre que en los días de lluvia, cuando la sorprendo con la frente pegada a los cristales de la ventana mirando caer el agua; cuando la siento vagar por la casa con paso de aburrida, y acabar por sentarse al piano a hacerlo cantar fantasías impregnadas de su desaliento, es su actitud para mí, urna de cristal en cuyo interior se levanta la fina silueta de la desgraciada criatura que se hundió en el vicio, por ir a buscar en donde acallar el hambre de su corazón.

¡Ah, Madame Bovary! ¡Cuántas veces ante el gesto de la cabeza de una mujer joven de bello perfil o de líneas desgraciadas, he creído tenerte frente a mí, paseando tu deseo de algo indefinible y tu desesperanza de encontrarlo, frente al cura de yeso que adornaba tu humilde huerto!

Ya tenía muchas canas mi cabeza cuando dejaron de ser las chiquillas que correteaban por mi jardín. El padre es un viejo verde a quien ví

no hace mucho todavía, con los bigotes arriscados y con aires de conquista. Sus hijas parecían no quererlo y aun creo lo miraban con desconfianza. ¿Por qué? ¡Ah! la verdad es que este hombre es profundamente repulsivo. La madre era una pequeña señora que hablaba con voz atiplada y desagradable; una mujer antipática que se ponía de pie al hablar y os sacudía los dedos delante de los ojos. Muchos detalles me hacían suponer no era muy cordial la existencia de la pareja.

¿Y cómo de semejante unión pudieron salir mis lindas amigas? Nunca he admirado piel más blanca y nacarada, dientes más admirables ni cabezas más hermosas. Todavía me parece ver agitarse sus cabelleras color de madera con reflejos dorados, entre mis rosales.

Eso sí, unas cabezas en que desbordaba la lectura de novelas. Su libro predilecto era *El lirio del valle*. Lo tenían todo lleno de anotaciones, y Eva había señalado con lápiz azul una frase que me quedó grabada: «mi corazón irá más alto que el águila y encontrará un amor que no me engañará».

Después que tuvieron veinte años, soñaban siempre con París, sobre todo la señorita Magdalena. Uno de sus amigos que estuvo en Europa, le aseguró que ella tenía el aire de una parisiense, acentuado con aquella su naricilla respingada. Ya no volví a oírla quejarse de su nariz, en otro tiempo su tormento, porque la deseaba rec-

ta, ojalá griega. Hablaba de los boulevares como si trotase diariamente por ellos. Estaba suscrita a varias revistas de modas parisienses y las hojeaba a cada rato. Comentaba las últimas representaciones de La Opera, de La Comedia, etc. y los artistas de más fama en la lejana ciudad de sus sueños, andaban en su boca con una familiaridad que a mí me hacía gracia. No dejaba, los martes, de acudir a un cinematógrafo que en tal día daba sólo vistas de Francia. ¡Cuánto gozaba con aquellas carreras de caballos, paseos por el Bosque, espectáculos en las playas de moda! Entonces todo lo olvidaba, y su imaginación la ponía entre la multitud de mujeres elegantes que pasaban luciendo sus encantadoras toilettes.

—¡Oh! pequeña Bovary—le decía yo—¿verá usted alguna vez realizado su sueño de ir a orar al Sagrado Corazón? Escuchándola, pensaba mucho en la otra, en la de Flaubert, con sus fantasías sobre aquel París que nunca conoció.

En los últimos años que estuve cerca de ella, se había tornado escéptica, y reía hablando del amor y de los hombres con una risa que sonaba a campana rota. Yo me preguntaba si acaso sabría más en esta materia, de lo que todos suponíamos.

Eva me fué siempre más simpática. Era dulce y silenciosa y en las reuniones, mientras su

hermana atraía una nube de cortejadores con sus toilettes chic, su nariz parisiense, su sprit y su escepticismo, ella callaba y sonreía. Siempre recuerdo el primer reclamo que hizo el Amor en su corazón de quince años. Llevaba entonces el traje corto y usaba el cabello suelto adornado junto a una sien con un gran lazo negro. Se ruborizaba siempre al hablar y esas oleadas de suave rosa, prestaban a su rostro un encanto indefinible. Su profesor de literatura que también era poeta, comenzó a dirigirlé lánguidas miradas con sus magníficos ojos aterciopelados, y a preferirla entre todas sus discípulas. Y ella se enamoró del guapo profesor que recitaba a Baudelaire y a Poe, con una voz tan aterciopelada como la mirada de sus ojos. Ese amor no fué un pasatiempo para Eva; en otra niña de su edad, menos romántica, no hubiera pasado de la superficie. Se tornó silenciosa y buscaba los rincones para saborear la dulzura que inundaba su interior.

Una tarde sorprendí al señor profesor, leyéndole con acento quejumbroso *La reina de Mayo* de Tennyson, con una mano de la niña entre las suyas.

Imaginad lo que el amable caballero con su doble prestigio de poeta y de profesor, su figura pálida, sus ojos y sus lecturas, haría en el pensamiento de mi amiguita que ya había leído y subrayado *El lirio del valle*.

Pero un buen día, supimos que el señor profesor se casaba por otro lado. Eva lloró como

haría cualquier mujer en el mismo caso; el señor profesor dijo con un tono duro en el que no había el menor asomo del terciopelo, que él la trató sólo como a una pequeña, querida niña, y se alejó...

Eva no se consoló fácilmente y más de tres años pasaron antes de que esta amargura se diluyera en la frescura de su juventud.

¿Así llegaba el amor que imaginó subiendo «más alto que el águila» y que «no la engañaría»?

Años más tarde, en una temporada de campo en casa de un tío suyo, se encontró con un primo, un hermoso muchacho que sabía tenerse con gallardía sobre un caballo y enlazar toros a la carrera. Creyó que el amor entrevisto en sus novelas, se realizaba en este mozo sano, alegre y oloroso a montaña. ¡Le hablaba con una ingenuidad tan encantadora de su amor, mientras se paseaban lentamente por los campos! Su primo no le recitaba largas tiradas de Tennyson ni de Baudelaire... ¿pero, acaso no sentía aversión por el amor envuelto en Literatura, que para ella estaba encarnado en el profesor de antaño? ¿No era preferible su primo, oloroso a montaña y que parecía tan sincero, aunque no supiese que había existido un Poe?

Mas, después la ausencia hizo de las suyas, y el primo oloroso a montaña se casó con

una señorita heredera de una dote nada despreciable.

Quizá el primo oloroso a montaña, reflexionara que Eva era una encantadora muchacha, pero que con esto no se vive.

Desfilaron otros galanteadores ante las dos muchachas. Entre los de Eva, pasó un pequeño oficial, delicado y seductor, perteneciente a una de las familias más distinguidas del país, quien tuvo temor de comprometer su corazón con una señorita cuya posición era inferior a la suya. Y se alejó también...

Las miradas de mis amigas me hacían en aquella época, el efecto de peregrinos en busca del amor, pero en mi predilecta eran más tristes, y más sin fuerzas. Cuando me hacía sus confidencias, yo creía escuchar a sus ojos preguntarme: «¿Sabéis en donde está el Amor? ¿Lo habéis visto alguna vez?»

Le llegó su turno a la Ciencia, bajo la figura de un doctor en Ciencias Naturales, graduado allá en París.

Con toda su coraza de sabiduría no pudo resistir una noche al encanto que había en la señorita Eva.

Al principio creí que mi amiga había dado con un amor que la haría feliz: tenía nuestro doctor tal apariencia de sabio humilde con su cabello peinado sin afectación, su aire senci

llo, sus largas horas mirando por el tubo de un microscopio y sus paseos por el campo, atisbando las costumbres de los pájaros de nuestro país o levantando cortezas podridas para sorprender insectos! Además hablaba de no concebir la Ciencia como una taciturna lechuza, sino como una bella mujer desnuda en armoniosa actitud.

Fué un plan suyo el que me enterneció y me hizo fantasear con más locura de la que acostumbro. Quizá ayudó también mi deseo de ver dichosa a la pobre criatura que a menudo me abría su pensamiento.

Le aseguré que este hombre era un pedazo de bondad que iba por la vida. No conozco los bretones sino a través de un libro de Renan; pues le dije que su sabio parecía un bretón, por sus grandes ojos soñadores, su cutis pálido y su apariencia descuidada. En otra ocasión se lo comparé con Fabre el célebre entomólogo provenzal. Y cuando me anunció su proyecto de hacer un estudio muy completo sobre la *zonotrichia pileata* (nuestro humilde comemaíz) con rasgos muy importantes que los ornitólogos no percibieran hasta entonces, casi perdí mi serenidad. ¡Oh! ¡qué corazón de poeta tenía nuestro sabio!

Pero el tiempo se encarga de arruinar hasta los templos, y llegó un día en que el doctor me cansó con su eterno *yo* y acabé por descubrir en él, un egoísta de los más vulgares.

Iba por la vida con los ojos puestos en su comodidad, dando codazos y pisotones y echando mano hasta del cinismo.

Cuando Eva se tornó para él en una costumbre, expresaba en su presencia pensamientos que debían lastimarla:

—¡Casarse! ¡Qué disparate! ¡Pero no sabíamos que a Pasteur en el día de su boda se le esperó en vano, y hubo por fin que ir a buscarlo a su laboratorio, en donde estaba abstraído con no sé qué bacilos, sin pensar en su boda? Los hombres de ciencia no debían pensar en el matrimonio. Podían lucir mujeres, pero como se ponían flores en el ojal, que luego se tiran en cualquier parte.

Yo deseaba escuchar sus conversaciones íntimas con aquel Narciso. Me preguntaba qué sentimiento la mantenía cerca de semejante sabio.

¿Sería este su renombre de sabio, lo que esclavizaba su voluntad tan anhelosa de idealidades? Yo experimentaba una especie de ira, cada vez que sorprendía a mi amiga mirándolo con los ojos ansiosos y desesperanzados, de quien se asoma a la boca de un pozo muy hondo, buscando algo precioso que supone está allí.

Fué entonces cuando su lindo rostro tomó la expresión de desconsuelo que el tiempo no podrá borrar nunca. Dejó de pintarse unos días las mejillas y los ojos, descuidó su vestido y se

pasaba las horas muertas tumbada en una poltrona. De noche cerraba su ventana con un ademán cansado, muy despacio... parecía aguardar algo en la oscuridad.

Magdalena no era tampoco feliz. Un comerciante rico, dueño de una papada y de mucho dinero, pretendía hacerla su esposa. Era un buen partido y esta idea la hacía recibirlo a veces amablemente, pero en otras no podía soportar sus carcajadas vulgares ni su papada.

La vida cotidiana de mis amigas en ese entonces no puedo olvidarla: al abrir su ventana por la mañana, tenían los extremos de la boca caídos, al igual de la Bovary cuando no sabía qué hacer de su corazón. Miraban arriba y abajo de la calle. Y por mucho tiempo sus ojos encontraron la misma visión y sus oídos los mismos ruidos; el viejo zapatero martilleando en el umbral de su cuarto, la pobre mujer del sastre colgando sus harapos de una cuerda, el señor magistrado que pasaba leyendo su periódico, con su andarcillo menudo, su vestido negro immaculado y su perrillo que le seguía agitando el cascabel. Las despertaba el afilador con el retornelo melancólico de su silbato; más tarde pasaba el italiano de edad indefinible, tintineando en su triángulo de metal, para avisar a la chiquillería de la vecindad que allí iban los barquillos.

Después bostezaban, regaban las plantas,

cósian sus vestidos; algunas veces iban a las tiendas.

Como mi mesa de trabajo estaba frente a su casa, no tenía que hacer ningún esfuerzo para seguir sus movimientos. Yo las sentía tras sus cortinas leyendo o dando lustre a sus uñas. Casi siempre a las tres de la tarde comenzaban su tocado: el baño, el masaje, la capa de albayalde con agua de rosas en el cuello y en los brazos, el agua para encender las mejillas y el negro en las cejas y en las ojeras.

Al anochecer, salían cogidas del brazo, con sus bonitos trajes confeccionados por ellas mismas según las últimas modas parisienses, a pasear por las calles embaldosadas del Parque Morazán. Durante varios años concurren allí todas las tardes de verano. Quizá aún lo hagan.

Tal vez como ya era viejo, me extrañaba no se aburrieran de hacerlo.

Es éste un jardín público que parece ser la propiedad de la juventud de nuestra burguesía. Es preciso pasen años, antes de que se pueda encontrar por las tardes en él un rostro nuevo. Durante muchos veranos, hallaréis las mismas muchachas paseando por sus calles su juventud, sus gracias, sus ilusiones y sus desalientos; los mismos caballeros que charlan y siguen con ojos golosos el ir y venir femenino. De lejos, toda aquella gente parece formar un solo grupo; mas, al acercarse se notan las divisiones. Los unos murmuran de los otros,

se comenta con voz ahogada la cantidad de honor que posee cada cual, se exponen los defectos y los graciosos hacen el ridículo entre coros de carcajadas.

Mis amigas regresaban casi siempre acompañadas. Recuerdo haber visto a Eva volver del jardín público, con el primo oloroso a montaña, con el pequeño oficial... hubo otros que se han borrado de mi memoria... En los últimos tiempos en que fui su vecino, quien la acompañaba era el sabio. Después las oía charlar hasta las diez o las once. Retirados sus amigos, comenzaban con gestos aburridos a deshacer su tocado en el que tanto se afanaran por la tarde. Y pocas cosas en la vida me han dado tanto frío, como el contemplarlas quitándose sus adornos. Después cerraban la ventana...

La última vez que estuve con la señorita Éva fué en un concierto. La acompañaba su sabio. Mientras la música temblaba en el aire con una dulzura de noche de luna, ella tenía puesta la mirada en él. La música conmovía seguramente su alma de romántica y quizá deseaba tener cerca otra con la cual la suya pudiese hablar. El doctor entre tanto contemplaba el techo y por lo que me dijo luego, deduzco se ocupaba en el nombre que convenía dar a un ejemplar nuevo, encontrado por él en el orden de los himenópteros. Tenía la imaginación frente a su ejemplar

colocado en la vitrina de no sé qué instituto de París, con la leyenda a un lado en la que campearía su nombre declinado en latín.

Eva volvióse a mí con su aire de desencantada. La dije: —Amiga mía, ¿no encuentra Ud. el fondo? Hizo que no me comprendía, pero sus ojos me contestaron: —Me basta hundir la punta de mi dedo meñique y lo hallaré duro y erizado de pedruzcos.

Pobre chiquilla que una vez subrayó con lápiz azul en un libro de Balzac: «mi corazón irá más alto que el águila y encontrará un amor que no me engañará».

Las he perdido de vista. ¿Se habrán casado? Quién sabe si en este momento Magdalena tumbada en un sofá de su salón, oiga la lluvia y contemple la papada de su marido mientras se imagine vestida con el discreto traje de las enfermeras curando las heridas a los soldados franceses. ¿No la tomarían ellos también por una parisiense, al ver su naricilla respingada?

¿Y la señorita Eva? No es difícil que ande todavía buscando el amor del doctor en Ciencias Naturales, perdido en las profundidades y vericuetos de su sabiduría. Si ya es su esposa, acaso soporte esta noche uno de esos terribles malhumores que se dice atacan muy a menudo a los sabios de renombre.

Por esas almas...

FUERA, una lluvia lenta y persistente lo impregnaba todo de frío y desaliento.

En la tarde fuimos a enterrar a la anciana vecina que pasó por la vida como por un desierto. Yo la conocí amando como a un hijo la pequeña escultura de un Niño Dios.

Seguí el cadáver, meditando en lo dolorosas que deben ser esas vidas solitarias sin quererlo. Hay que pensar, en su interior arde la chispa puesta por la naturaleza en cada ser para la conservación de la especie. Sin embargo parece que al mismo tiempo las envolviera en tupidos velos de niebla que no dejan pasar ni un destello del amor que llevan en sí, y van por el mundo, lo mismo que los buques por los mares del Norte en la estación de las brumas espesas, las cuales impiden ver las luces de sus fanales. Cuando pienso en ellas, pienso también en esos sitios donde hay tesoros escondidos y sobre los que agita el hombre su ignorancia.

Ni la tibieza de mi habitación, ni la sabrosa taza de café de mi ama, envuelta en un halo de

vapor, lograron calmar el frío que se me entró esa tarde en el corazón. Y en mi memoria se levantaban penosos recuerdos: el del muchacho de cara ridículamente fea a quien encontrara a menudo deslizándose por las aceras, pegado a las paredes, con los zapatos relumbrantes y el lazo de la corbata hecho con esmero; parecía mirar a todo el mundo con ojos suplicantes. Pero el más triste fué el de la hija del Juez, que tiritaba en el calor de su hogar.

Acáso os habréis fijado, que con frecuencia, en las familias numerosas, los hijos que ocupan el centro de la fila, sino son muy pícaros o muy hermosos, son mirados por los padres y los parientes con cierta indiferencia, cierta frialdad; a primera vista no se nota, pero aguzando la mirada se ve y duele.

Me hacen el efecto de esos islotes que se levantan cerca de la tierra firme; de lejos, los ojos creen que forman con ella una sola pieza. Los separa tan sólo un trecho de agua, casi nada, pero que los aísla y apenas si de cuando en vez, como una barca que va a hacer su visita de inspección, se acerca a sus orillas el cariño de la madre.

He aquí un caso:

Hace unos cuantos años mi amigo Marcos, maestro en una de las escuelas de la ciudad, me hablaba de las observaciones hechas en sus alumnas.

—Tengo una discípula—me dijo— que ha acabado por llamarme la atención. Es hija de

tu amigo el señor juez Aguilar. Cuenta trece años y nunca he encontrado una criatura que despida menos luz que ésta. Tú sabes que pertenece a una familia distinguida, sin embargo las compañeras de la misma condición no se cuidan de ella; tiene más partido en el grupo la chiquilla hija de un pobre albañil. Las otras, las de clase humilde, tampoco la toman en cuenta, aunque es servicial: presta y da lo que tiene, sin que nadie se cuide de sus favores. Sonríe siempre con esa sonrisa de quien desea agradar; al ver su sonrisa, pienso no sé por qué en los florecimientos humildes que hay en las orillas de los caminos y en los cuales nadie repara. Yo mismo—ahora caigo en ello—cuando contesta a las preguntas que le hago durante la lección, no atiendo a sus respuestas.

En las horas de recreo sale cogida del brazo de una compañera, pero luego la encuentro abandonada en un rincón, mirando jugar con su eterna sonrisa sin color.

Los trajes que lleva, se nota son fabricados de prisa, con adornos colocados sin cariño y más de una vez he creído están hechos con la tela que ya ha servido para otro traje.

¿De cuál de los hijos del juez me hablaba mi amigo Marcos? ¿De una niña de trece años? No la recordaba bien aun cuando yo era muy de la casa y hasta padrino del último hijo.

En cualquiera otra ocasión no me habría pa-

recido curioso el no hacer bien memoria de la figura de uno de ellos, pues tenía una provisión más que regular; pero en aquel momento noté con extrañeza que todas desfilaban precisas por mi imaginación, menos la de la niña que mi amigo encontrara tan apagada: el mayor, sí, claro, al mayor se le recuerda siempre. Era una señorita ya, la señorita Adoración que poseía un precioso lunar azul en una mejilla. El segundo: a ese nunca se le olvida cuando es hombre y el mayor una mujer. Se llamaba Víctor Hugo. El padre, que hablaba de un altar levantado en su interior para el célebre poeta y que poseía varios retratos del mismo en diferentes posiciones, quiso rendir homenaje a su ídolo poniendo al primer hijo varón, su nombre. El tercero, un muchacho de cuya inteligencia toda la familia en coro narraba prodigios; a más tenía un nombre sonoro, Maximiliano, por no sé qué emperador admirado por el juez. En cambio el cuarto era un demonio a quien su madre, la señora más sentimental y romántica que podéis imaginar, había llamado Werther. ¡Y que Werther, Dios mío! Daban ganas de colgarlo. La quinta, una linda criatura rubia que una vez mirada no se podía olvidar, Dolly, por la protagonista del drama de Pérez Galdós estrenado cuando aun la niña se agitaba en las entrañas maternas. Después venían unos gemelos, Paolo y Francesca... perdonad, cosas de la romántica

esposa del juez que se conmovió mucho con el trágico pasaje leído allá en los primeros tiempos de su juventud. Ya imaginaréis que no es posible pasar por alto a unos gemelos y menos si éstos se llaman Paolo y Francesca. También había un Mario, mudo; un mudo en una familia no se olvida tan fácilmente. Por último una Cosette, la menor, ahijada mía y los ojos de la cara del juez.

A todos recordaba bien, menos a la niña de quien se me hablaba.

Unos días después de esta conversación, mi amigo el juez me pidió con insistencia que fuera con ellos a pasar una temporada en su casita de campo, y yo acepté.

Entonces tuve oportunidad de fijarme en aquella criatura que tan desapercibida pasara hasta entonces para mí.

Se llamaba Adela, reparad, un nombre desteñido que nada dice. Es de las palabras que llegan sin fuerza al oído y pasan por la memoria sin dejar huella. Ni una *i* que abra un agujero, ni una *o* que resuene, ni una *r* que vibre. Es un nombre que yo pongo siempre a esas fisonomías insípidas de mujer, encontradas en la calle, y en las que se repara porque su dueña da un paso en falso o porque los volantes de su traje se enganchan en los botones del nuestro.

Adela, Adela... ¿Habéis oído un nombre más desesperadamente suave?

Pues bien, mi caso se llamaba Adela. Su ma-

dre, la sentimental señora del juez, no se molestó en buscar en el almacén de nombres que le había dejado la lectura de sus novelas, un nombre sonoro como los que llevaban sus otros hijos: Adoración, Hugo, Maximiliano, Dolly, Paolo y Francesca, Werther, Mario y Cosette.

Adela vino en una mala época; sus padres no se alegraron con su arribo. ¡Qué queréis! ¡La pobreza!... Cuando ella se sienta a vuestro lado no se os puede culpar si nada os hace gracia.

Buscaron de madrina a la insignificante señora de un amigo, que en esos días de prueba les prestara algunos servicios y por complacerla pusieron a la recién nacida, el nombre de la dama.

—No molestó cuando pequeña—decía su madre—. Casi nunca lloraba; es la que menos me ha dado que hacer.

En las comidas, sentada entre la bella Dolly y el inteligente Maximiliano, no era notada. Comía sin hacer el menor ruido y a menudo a la hora de los postres la olvidaba su madre.

En la noche, durante la velada, mientras la gentil Adoración se desgañitaba ante el piano, la bonita Dolly flirteaba con un primo suyo y Paolo y Francesca, Werther, Mario y Cosette metían un ruido infernal, ella se sentaba en la penumbra en el borde de una silla.

El terrible Werther la llamaba doña Difunto.

Recuerdo cuando tuvo una calentura fuerte: su madre se estacionó cariñosa a la cabecera de la enfermita, que me pareció muy contenta a pe-

sar de su dolencia. Encontréla en el rostro un brillo inusitado, que no parecía producido por la calentura y acentuado cada vez que la madre la incorporaba, la arropaba o le pedía con acento tierno que tomara la medicina.

¡Pobre niña! ¡Estaba tan poco acostumbrada a sentir correr por su piel la caricia del afecto! Aún creo ver la mirada de reconocimiento que me dirigía cuando le pasaba dulcemente una mano por la frente o las mejillas.

Hay un detalle que me conmueve. Fabricó un objeto que a mí me pareció curioso: en un cuadrado de seda cosió una serie de bolsas en cada una de las cuales bordó una palabra. En una «clavos», en otra «botones», en otra «cuerdas», «retazos» y allí guardaba los clavos, los botones y retazos que andaban rodando por la casa.

Colgó ésta de la pared en un rincón del cuarto. Cuando alguien en la casa necesitaba alguno de los objetos que acabo de mencionar, la madre decía: «Id al cuarto de Dolly y allí en la bolsa encontraréis».

«¡En el cuarto de Dolly!» Y no decía «en la bolsa de Adela». Nunca ví que nadie de la casa agradeciera a la chiquilla sus pequeños servicios y ni el corazón de la madre se enternecía cuando la miraba recogiendo aquellas cosas que los demás tiraban.

Os aseguro que si hubiese habitado en un desierto, no habría estado más sola que en su casa entre sus padres y hermanos. Yo me

pregunté en más de una ocasión, cuando la contemplaba moviéndose entre los suyos sin que nadie se dirigiese a ella, si no sería un ser invisible para todos esos ojos.

Yo oía al señor Juez pronunciar su nombre solamente cada sábado:

—Adela, ¿me has dejado la ropa sobre el sofá?
Y la vocesilla ronqueta de la niña respondía:
—Sí señor.

Cierto día encontré a la madre arreglando con la costurera un vestido para Adela, un vestido que la linda señorita Dolly no quería llevar por estar un poco ajado.

—¡Oh! Estas criaturas de ahora son muy vanidosas—dijo—. Selo arreglaré a Adela porque es lástima... ¡una tela tan buena! Dolly no quiere llevarlo ya.

Después la ví con el traje forjado de cualquier modo, sin gracia alguna, apresuradamente.

Yo tuve que alejarme del país y durante todos los años que pasé en el extranjero no supe de mi amigo el Juez. Al regresar estuve a verlos. Pregunté por los hijos y la señora muy complacida se puso a hacer la enumeración:

—Adoración y Dolly se han casado, muy bien casadas.

El marido de Adoración era un poeta que acababa de publicar un libro de sonetos y la excelente señora se enternecía al pensar que su hija hubiera podido escalar aquella altura.

Francesca estaba para casarse. Y cómo se notaba qué se complacía la sentimental esposa del juez en pronunciar el nombre con su acento italiano: ¡Franchesca!...

Hugo y Maximiliano en Europa... Los profesores de por allá asombrados de la inteligencia de los muchachos... ¡Mil cartas de felicitación!

Y todos desfilaron por sus labios, menos Adela.

Por la habitación contigua pasó la figura de una mujer. Iba envuelta en un manto negro, mas pude distinguir una sonrisa que conocía muy bien. Traía en las manos un libro de oraciones y un rosario.

—He aquí a Adela, la reconozco a pesar de todos los años que he pasado sin verla. Cuando la dejé aun era muy niña.

La madre dijo:

—Es verdad. ¡Oh! ¿Y Ud. no sabe lo que se le ha ocurrido? Es muy metida en la iglesia y ahora ha resuelto hacerse hermana de caridad. No sé de dónde ha sacado semejante idea. De mí no, ya sabe Ud. que nunca he tenido simpatías por la iglesia, y mi esposo... ¡oh! ¡qué disparate! ¡El tan ateo! En fin, nosotros no podemos oponernos. El señor Obispo nos ha llamado para decirnos que no debemos contrariar su voluntad. En el mes entrante partirá.

Hablaba con voz quejumbrosa pero ahogada entre bostezos.

La pobre muchacha vino a saludarme y se sentó en un rincón de la sala, en el borde de una silla, como antaño durante las veladas.

La madre salió y quedamos solas.

Yo me puse a contemplar enternecida aquella niña pálida y delgada, sin frescura alguna en el rostro, cuya decisión me hacía meditar: tal vez había allí encerrado un corazón que era un panal en el cual las silenciosas abejas del amor, habían ido acumulando día tras día, año tras año, el néctar perfumado. Ahora rebosaría, y como no sentía en torno suyo a nadie que pudiese complacerse con su ternura, iba a buscar entre los desgraciados quien la aliviara de su dulce carga. Tomé entre las mías sus manos blancas y suaves y le dije acariciándoselas, sin que pareciera comprenderme: «Dentro de poco las pondrá Ud. bajo su corazón como si fueran dos tacitas de alabastro, para que destile en ellas la miel que allí tiene guardada, y la lleve luego a labios amargados por la vida».

Las imaginé revoloteando sobre las llagas como mariposas blancas sobre un pantano; haciendo vendas y llevando por todas partes donde hubiese heridas, sin reparar en religión ni en tribu, el aceite y el vino del Samaritano de la Parábola.

¿Sabéis cómo me despedí? La besé en las mejillas con gran sorpresa suya y le dije:—Adiós Sor Solitud.

Este es mi caso. A menudo me complazco imaginando a Adela deslizarse sin ruido por el salón de un hospital. Los enfermos allí tendidos y que no hayan olvidado la Historia Sagrada, pensarán al mirar las alas de su cofia blanca revoloteando entre la semioscuridad que reina en él, en la paloma del Diluvio con el ramo de Esperanza en el pico. Y estoy seguro de que si hubiese continuado en el mundo en que vivía, tan indiferente hacia ella, nunca habría pasado de ser la Adela que sonreía con su sonrisa incolora, que se sentaba en el borde de los asientos y que habría llegado a la tumba con su tesoro de miel escondido.

¿Habéis oído hablar de un panal cuya miel era un sol que olía a gloria, y que fué hallado dentro de una calavera? ¿Imagináis algo más triste que esta miel fluyendo por unas cuencas vacías y por entre la sonrisa horripilante de una calavera?



Del diario de Juan Silvestre

Lunes 13 de Enero de 19..

Quisiera poder orar en todos los momentos con la misma seguridad y las mismas palabras del marinero que cuenta Montaigne, el cual imploraba así a Neptuno en medio de una tormenta: «Oh Dios, tú me salvarás si lo tienes a bien y si no, me perderás; pero yo mantendré siempre derecho mi timón».

¡Oh! ¡Si me fuera dado tener siempre derecho mi timón!

¿Mantendré mi mano firme? Me duele pensar que no esté seguro de ello; pero no lo estoy.

Noviembre 3

A menudo saco en estos días de mi bolsillo el pequeño volumen en que Carlyle cuenta «La vida y opiniones del señor de Teufelsdröckh» y leo fervorosamente su capítulo «Sobrenaturalismo Natural», con el fin de quitar a mis ojos el velo de indiferencia que los cubre y saber mirar el milagro vivo que nos rodea.

He aquí, me siento como un campesino que recorre el palacio de un poderoso, cubierto desde la cúpula hasta las cuevas de preciosos objetos de arte, de verdaderos milagros. Mas, confieso que ya experimento el cansancio que él sentiría de andar desde el amanecer mirando de arriba a abajo y poniendo los pies con cautela por temor de maltratar todo ésto. Por otra parte, hay que pensar en la fatiga de estar de pie, y a pesar de las maravillas que me rodean, echo de menos la paz humilde y sombría de la tumba, al igual que el aldeano de mi comparación ya cansado de magnificencia tánta, desearía recogerse bajo su techo pajizo y encontraría blando su duro lecho de ramas. En vano me exhorto: Qué más quieres Juan Silvestre. Todos los que amas y tu, gozan ahora de salud. ¿Habrás que echar mano de Platón, quien tenía por el primer bien entre los bienes el de la salud? ¿Somos tan necios los hombres que es preciso recurrir a la voz de un muerto, sólo porque su nombre quedó en la Historia, para hacernos sentir lo que está vivo? ¿Por qué no estás en paz, hombre de Dios, si ningún mal se ceba en estos momentos en tu cuerpo ni en el de tus amigos? ¿Qué es ese grano de inquietud que te maltrata el pensamiento? ¿Qué deseas? Yo me respondo: En verdad que no deseo nada. Y ésto, sin parecerme a aquellos de Eça de Queiroz, quienes decían que ni la fortuna de los Rostchilds, ni la corona de Carlos V los tentaría para salir de su pasito lento, prudente, correcto»

y tal cosa la hablaban corriendo desalados tras el farol de un coche. Bien, bien. ¿Qué es entonces lo que a veces te invade en el silencio de la noche? ¿Tu grano de inquietud no se convierte en un deseo inmenso, infinito de amar, pero de amar con un amor tan intenso que tu cuerpo ardiera convertido en una columna de humo que se perdiera en las estrellas?

Quizá ésto no es deseo. Los deseos no van más allá de nuestra atmósfera y lo mío se pierde en la eternidad.

¡Ah! Juan Silvestre. ¿Qué dirían tus amigos si supiesen que tú, con tu cara grotesca de muñeco de piedra, tus mechaz rojizas tu sempiterna pipa entre unos dientes renegridos, tienes aspiraciones a convertirte por el amor en una columna de humo que se pierde en las estrellas? Se reirían en tus barbas, Juan Silvestre, y bien merecido lo tendrías.

Noviembre 16

No hay consuelo que se apliquen los hombres que me duela más, que éste de aligerar su dolor, al pensar que otros lo cargan más pesado.

Y no se diga que éste es mal del vulgo. En filósofos, en poetas, en hombres generosos, he encontrado repetido con complacencia, si bien con vestido diferente, aquel cuento que anda en labios del pueblo: fué un hombre que se lamentaba porque sólo tenía para alimen-

tarse un puñadillo de frutas y se consoló al ver cómo tras él, otro venía recogiendo los huesos que arrojaba, y los chupaba ávidamente.

Esto de hallar alivio en la propia miseria pasando la imaginación por la miseria ajena, aconsejado por el pueblo y por los pensadores de todas las épocas, con la mejor buena fe del mundo, con la sonrisa bonachona e inconsciente de la vieja comadre que receta cualquier menjurge a un enfermo, es para mí uno de los presagios más seguros de que el reinado del Amor en nuestro planeta, no dejará de ser nunca un ideal.

Noviembre 30

No somos más dueños de nuestro destino que el agua que baja de las nubes. Descendemos a la tierra como las gotas de la lluvia: unas caen entre corolas perfumadas, otras sobre briznas de hierba; unas son absorbidas por la tierra, otras van a aumentar las corrientes o bien hallan por morada el cieno de los charcos y de las alcantarillas.

¡Oh viento! ¡Si hubieses soplado al Norte, esta gota no estaría sobre esa humilde hoja de lechuga, sino tal vez en el broche soberbio de aquella rosa y sus hermanas que cayeron en el lodo del camino, temblarían ahora entre las violetas de aquel prado!

¿A qué pues vanagloriarse con palabras, de la virtud y ver con desdeñoso desprecio a quien

revuelca su vida en la miseria? El mismo que puso al príncipe en las entrañas de una reina llevó esta criatura a las de una vagabunda. Quien hace la luz quebrarse en iris al tocar la perla líquida que logró caer sobre un pétalo blanco, puso otras muchas gotas a confundir su cristal con la inmundicia.

El limpio de corazón debe ser como el rayo de sol, que lo mismo pone su alegría sobre la espuma inmaculada de las olas que sobre el verde ponzoñoso de los pantanos.

El limpio de corazón debe ser como el rayo de sol, que evapora el agua de las ciénegas, la cual ya leve, sube a confundirse porque es igual en esencia, con el vapor que sube del mar inmenso, de los lagos azules y de las tazas de mármol de los palacios.

Diciembre 2

¡No sé por qué la vida de mi hermana Gilberta me da tanta tristeza! Es para mí como un pedacito de incienso puesto a quemarse en un templo abandonado.

Indudablemente esta familia Silvestre es combustible: yo, una columna de humo, mi hermana Gilberta un grano de incienso que se quema.,.

¡Oh espíritu irónico que vives en el corazón de mi pensamiento! ¡No pongas en mis ternuras tu sabor dolorosamente picante!

Mi hermana es casi bella y a pesar de esta

virtud y de sus veinticuatro años es una muchacha triste. Cuando sueña, porque es romántica la pobrecilla, sus ojos me hacen pensar en las golondrinas que emigran a la llegada del otoño.

Gilberta es de las que escuchan con beatitud una Fantasía de Schumann; contempla largo rato la estrella que brilla a través de la fronda cristalina de un pino, y gusta de pasearse al atardecer, por los caminos solitarios.

Yo estaría contento si mi amigo Marcos y ella se amasen, pero mi amigo Marcos tiene comprometido su corazón. Después de él, a nadie conozco que pudiera amarla con la tierna devoción que merece.

Anoche cosía a la luz de nuestra lámpara. Nuestra lámpara está cubierta por una sombra de paja blanca adornada con un fleco de cuentitas de vidrio verde. Yo me acojo a su luz con la misma deliciosa sensación que el viajero en un día de calor, bajo una limpia choza de paja a cuyas ventanas y puertas una viña colgaba sus pámpanos frescos color de esmeralda. Sobre el cuello delicado y sobre las mejillas delicadas de mi hermana Gilberta, temblaba la sombra del fleco de la lámpara y yo tenía ganas de llorar. Se me antojaba que era su melancolía que asomaba en la intimidad y palpitaba a flor de piel.

Yo me levanté de mi sillón y besándola en la frente: — Hermanita, tu eres como esas

rosas que florecen sobre las tapias altas. Para que los transeuntes que aman las rosas pudiesen verte, tendrían que escalar el muro y esto es difícil. Además, tú sabes que hasta los que aman las rosas no acostumbran mirar hacia arriba, sino al suelo o al frente. Y no hay que censurarlos por tal costumbre, porque ella da seguridad a su marcha.

Diciembre 8

La virtud de mi vecina, una señora viuda bastante guapa aun y que ha dado en la manía de meterse a beata y ser socia de cuanta sociedad pía se inventa bajo la sombra de mi campanario, tiene para mí el sabor de las moras cogidas por mi mano. Para gustar de esta bonita fruta agridulce y perfumada, hay que herirse los dedos en las espinas que la custodian; el placer que su jugo ofrece al paladar, se mezcla siempre con el dolor de las desgarraduras que sus espinas dejaron en la piel.

Diciembre 13

Esta noche mientras trabajaba, escuché la letra de una copla bella y delicada. La cantaba uno de los obreros de la zapatería de la esquina y llegaba hasta mi oído enredada entre los acordes de una guitarra. Era una copla encantadora e ingenua y se posó sobre mi corazón con la gracia con que lo hace un pájaro en una rama.

Cuando calló la voz, pensé en la poesía exqui-

sita que tienen casi siempre estas coplas populares, y en los corazones humildes u orgullosos pero sin vanidad en que florecieron, porque pasó el Amor, porque pasó el Dolor o porque pasó la Alegría.

Y después el recuerdo de la copla me ha hecho pensar en las obras de Arte anónimas que son en nuestro mundo. Ella es quien me pone a escribir estas líneas:

Una de las vanidades más justas y más excusables en el hombre, es sin duda ésta de poner su nombre al pie de una labor de arte. No me refiero a los que lo escriben con el pensamiento antes de haberla emprendido o terminado, no, que esta vanidad es antipática. Esta a la cual me refiero, tiene un gesto humilde al tenderlo a los pies de la obra, una vez dado el último toque.

En este momento, el nombre del artista en un objeto bello, me parece la cavidad de esos preciosos vasos antiguos que se guardan en los museos, cavidad que hace luengos tiempos estuvo llena de vino generoso y en donde hoy tan sólo moran el aire y unos granos de polvo.

¿Quiénes fueron los más sabios? ¿Los que trazaron en su ejecución el nombre con que se distinguieron entre los hombres y que es ligero vallado tras el cual la Vida asoma sus racimos, o los que la dejaron anónima para que la Vida mostrara su dominio sin enrejado alguno?

¡A veces pongo mi pensamiento a vagar por el mundo de riquezas artísticas cuyo autor se ignora o se duda, que pueblan nuestro planeta: los frescos o cuadros que ornán tantas capillas y palacios; las estátuas, vasos y arquitecturas desenterrados; los vidrios iluminados de los ventanales góticos; los tapices, joyas, miniaturas, grabados; las músicas, trovas, coplas que fueron concebidas en el interior de alguien que sintió intensamente la armonía del mundo!

Me parece ver, a través de los tiempos, las sombras de aquellos pintores, encaramadas en los andamios, pintando sus vírgenes o sus ninfas, o ante el lienzo, pensativas, con los pinceles en la mano; las de los escultores que animan el mármol; veo los pacientes miniaturistas del siglo XIII imitar a la naturaleza que refleja un paisaje en una gota de rocío; allí están los artífices de la arcilla, inclinados modelando la curva esbelta de una ánfora o la cadera armoniosa de una mujer.

¿Qué cubre el anónimo que se tiende sobre tantas obras admirables?

¿Por ventura el desdén de los contemporáneos del artista, o un sentimiento de infinita humildad del artista mismo? ¿Acáso encontraría su hechura inferior a la idea que se agitaba en su interior? ¿Fué el tiempo indiferente quien pasó su mano sobre los nombres?

En una ocasión una amiga habló así, mientras

contemplábamos el cielo estrellado, al oírme expresar el deseo de saber el nombre de algunas estrellas: «¿Crees tú les añade encanto el saber su nombre? Que se llamen Aldebarán o Sirio, qué le importa eso a la sensación de placer que me producen? Déjame pensar infantilmente si quieres, que son agujeros que algún angelillo travieso hizo en ese manto que llamamos cielo, por los cuales se filtran los destellos del paraíso».

Y esta respuesta me viene a la memoria cada vez que recuerdo el nombre de Fidias, de Homero, de Leonardo o de cualquier cantor de la Belleza.

La copla cantada por mi vecino el zapatero, me hace también pensar en esos oscuros ayudantes de un pensamiento grandioso. ¿Esos que secundaron a los escultores y arquitectos antiguos y tallaron sin pensar en ellos mismos, columnas y labraron primorosamente las hojas de acanto de los capiteles? ¿Y aquéllos otros que en los grandiosos templos que el misticismo de la Edad Media levantara, pusieron su corazón amante y devoto en la mano que bordaba en la piedra sus fantasías ingenuas, dejando en los muros, en los rosetones, en las ojivas, en los arcos, su labor humilde, silenciosa y bella como la del musgo?

5 de Enero de 1916

Esta tarde he tenido que escuchar «El claro de Luna» de Beethoven en una pianola. Pusieron

a mover los pedales a un muchacho, casi un niño a quien fastidiaba esta música. Tenía que hacerlo de mala gana. Con la cara vuelta hacia nosotros con gesto burlón, ponía en movimiento los pedales con todas sus fuerzas como si quisiera salir ligero del paso.

El ejército de agujerillos a que la industria redujo esta sonata, pasaba ante mis ojos en el papel que se desarrollaba con una inocencia que se me antojaba estúpida. Los sonidos brotaban cual cuerpos sin alma, como palabras ociosas, caían pesadamente dentro del oído y morían sin decir nada al espíritu.

Me encerré dentro de mí mismo y me puse a revivir tal cual en otra ocasión entrara en mí, aquella hebra de música que se os desliza dentro del corazón, con el mismo encanto que la luz de la luna dentro del cuarto oscuro en que meditáis sobre la vida que se siente pasar sobre el silencio de la noche.

El muchacho terminó su tarea furiosamente. Me parecía ver entre sus zapatos llenos de barro, enredarse la madeja de sonidos luminosos.

Horas después conversé con mi antiguo discípulo de primeras letras Jacobo Arnould. Había una tristeza muy grande en su voz y en su mirada al contarme que la vida lo obligaba a meterse en una empresa vulgar, en la cual su pensamiento se asfixiaba. Yo sentía dolor al contemplar su nobleza y su inteligencia sobre un camino empedrado de conveniencias.

Mientras miraba apenado e impotente su vigorosa cabeza inclinada con resignación, he recordado sin saber por qué, la sonata de Beethoven, enredada cual una madeja de luz entre los zapatos enlodados del muchacho a quien mi huésped puso a mover su pianola.



Lo que fué del pájaro Bulbuzar, de la Fuente de Oro y del Arbol que Canta

A Eduardo Fournier, por enemigo de
los cuentos fantásticos, y por su
amistad que yo quiero tanto.

JUAN Silvestre dijo a sus oyentes:
Entre los cuentos que la sultana Schahrazada refiriera a su señor y a su hermana, está aquel de un pájaro sabio que decía siempre la verdad, de un árbol cantor y de una fuente de oro líquido. Estas tres maravillas fueron encontradas por una valerosa princesa persa. Sin embargo, la sultana pico de oro no estuvo en lo cierto al decir que a la muerte de la princesa, el pájaro Bulbuzar enmudeció, la fuente de oro dejó de manar y el árbol perdió sus hojas melodiosas. Quizá los libros o anales en que leyera esta historia, porque historia es y no cuento, estaban errados. O bien su nodriza se la relató y conocedora de la psicología de su ama, no quiso narrarla en su verdadera forma, por temor de que la soñadora doncella se fuera por esos mundos de Dios como la del cuento, en busca de las tres maravillas.

Terminada su introducción, Juan Silvestre puso la pipa sobre la mesa, arrellanóse en la butaca y comenzó su cuento:

«A fines del siglo pasado, habitaba en la ciudad persa de Chiraz un joven señor muy rico y cuyos antecesores, cuando el imperio estuvo en su mayor florecimiento, sentáronse en el trono del Irán. Su sangre logró conservarse sin mezcla en medio de los extranjeros que han invadido el territorio desde hace siglos. Así, en él se guardaban intactas las nobles cualidades que en la antigüedad adornaron esta raza. En el príncipe Scharkan sí tenía razón de ser el proverbio turco: «Nada hay mejor que el joven persa y el caballo maldavo». Era un tadjik que no sabía mentir. Bello, con la belleza varonil de los varones de su casa: el cuerpo elegante y delicado, el perfil que hacía altanero su pronunciada nariz aquilina, impresión olvidada una vez contemplado de frente, pues la mirada de sus ojos oscuros y dulces era una caricia honda. Su cabellera y su barba encontrábanse hermosas allí donde casi todos los hombres lucen cabelle- ras y barbas ondulantes y cuidadas. Los sentimientos poéticos que abundaron en su genealogía se dieron cita en este corazón, comparado por él mismo con un panal, cuyas celdas negruzcas fueron hechas con la realidad de la vida y la miel con la poesía, el amor y los ensueños nobles de sus antepasados. La miel fluía por sus labios en forma de versos sencillos y tiernos

y con la cera modelaba estrofas selladas por la filosofía.

En los bazares y en las escuelas, sus poesías recitábanse con las de Firdousi y Saadi, y en las caravanas, durante los reposos en las horas de calor y en las caminatas a la luz de las estrellas, sus idilios y los de Hafiz entonados por voces femeninas o juveniles, resonaban en el desierto con la suavidad de un hilo de agua cristalino.

Juan Silvestre interrumpió su relato para decir:—En Ispahan, tras el muro que rodeaba un jardín, escuché esta canción del príncipe Scharkan, repetida por una voz femenina. Es una página que dijérase nacida en el corazón de una mujer. Yo la escribí en mi cartera. Oid su canto del «Adiós al Amor de la doncella»:

«Yo iba por la tierra anhelando el amor que perpetúa la vida—yo sabía lo que era amar a mi padre, a mi madre a mis hermanos y a mis servidores. Mas el encanto de estos cariños me daba tan solo bienestar y yo quería sentir la dulce inquietud de que hablaban mis amigas.

El amor llegó por fin. Sin embargo no me adelanté a recibirlo con júbilo y la sonrisa que salió a darle la bienvenida más fué de dolor que de alegría. Al tenderle mis manos, el llanto temblaba en mis pestañas y después... sus besos han dejado siempre un sabor amargo en mis labios.

El poderoso sentimiento llenó mi cuerpo y fui por la vida como un vaso de morena y tosca arcilla, pero colmado de un perfume exquisito que me recordaba el que exhalan las rosas nacaradas de mi huerto. Nadie sabía lo que llevaba en mí. Si yo hubiese dicho una palabra, se habría escapado en ella un tanto de mi amor. ¡Oh, y yo estaba avara de mi tesoro! Cuando pasaba cerca de las gentes y las miraba continuar su camino sin que me dirigieran una mirada, pensaba: Si supiérais lo que llevo, me admiraríais. Voy colmada de amor... Soy más preciosa que un frasco de oro lleno de esencia de rosas.

Si estaba cerca del elegido de mi corazón, el amor subía a flor de mis ojos y se ponía a temblar en el extremo de las pupilas con ese temblor de las gotas de agua que penden de las hojas después de la lluvia. Por eso mis ojos huían de encontrarse con los suyos y si sorprendían sus miradas buscándolos, los sentía replegarse lo mismo que he visto lo hace una hierba que alfombra mi huerto, al ser acariciada por mis dedos.

De noche, en la oscuridad de mi alcoba abría la puerta de mi corazón y el amor poblabla la noche que me rodeaba. Era entonces como un palomar cuando la mañana aparece: las palomas se escapan unas volando hacia los campos, otras a desentumecerse sobre los aleros y por

doquier se escuchan sus arrullos. Todas las ternuras, todas las caricias, todas las lágrimas, que no se atrevieron a la luz del día, salían entonces de mí y revoloteaban por mi habitación sumida en las sombras pero en la cual mi amor ponía su luz!

¡Mi amado partió! ¡El vió el amor asomar a mi rostro melancólico, como la estrella de la tarde en el crepúsculo... y sin embargo, partió. Ahora tengo frío y mis miembros tiritan. La esperanza ha huido de mi corazón. También la golondrina abandona su nido de tierra al llegar el invierno.

Por mi jardín pasó la primavera y adornó todos los árboles con flores para agasajar al Amor. Hoy el suelo amaneció cubierto de pétalos, mas en las ramas han quedado los frutos.

A mis pies están también las flores que ataviaron mis días de novia, pero yo soy el tallo en que no ha quedado fruto alguno.

Con los labios palpitantes por la pena, contemplo mis caderas que no se ensancharán para dejar crecer un hijo del amor que la vida vertió en mí, y mis pequeños senos que no florecerán jamás. Yo suspendería de ellos al hijo de mi cariño y pensaría besando su frentecita, en las nubecillas blancas que parecen suspendidas de la luna llena cuando brilla en el cenit.

Mirándoos ¡oh pequeños e inútiles vasos de carne!, mi pensamiento va a los de todas las

doncellas, ¡senos que pasastéis por la vida sin cumplir vuestra misión! ¡y que os marchitasteis sobre sus cuerpos, como los frutos aterciopelados del melocotón en las ramas, si una helada los sorprende antes de que hayan madurado!»

Quiero leeros otro de los cantos del príncipe Scharkan que escuché en un bazar. Se llama «El canto que hice mirando una araña hacer su tela entre las ramas del jazmín que rodea mi ventana»:

«Una araña de cuerpo aplastado ponía su tela entre las ramas del jazminero que rodea el marco de mi ventana. Algunos hilos estaban prendidos en los pétalos blancos. Fué tejida en espiral; un rayo de sol la atravesaba y el hilo hacía iris como un diamante. Su forma recordaba la gracia llena de ensueño de las construcciones árabes.

Yo pensé: He aquí una araña que ha encontrado a su paso mi jazminero para fijar su tela, mas no todas las arañas hallan en su camino ramas florecidas para la suya. Ayer ví una, construyéndola en una ventana con los vidrios rotos que daba a una calle sucia. El polvo se le adherirá pronto y cubrirá la belleza de su forma.

Hay unas arañas de largas patas que siempre buscan los rincones para fabricar su tela. ¿Por qué? Si han nacido en un palacio, la ponen en el rincón de un palacio; si en una cho-

za, en el rincón de una choza. El polvo cubre pronto a una y otra y las basuras del palacio y de la choza ocultan la delicadeza del hilo y de la trama. Bien es verdad que las suciedades de la casa del rico están llenas de polvo de oro y de lejos sólo se nota el brillo.

Otras buscan agujeros subterráneos y a la entrada enredan sus hilos sutiles; luego se disimulan en la penumbra. Las bonitas arañas de los campos, dejan su tela sobre el musgo, entre las ramas y sobre los arroyos y el rocío madrugador ensarta en estos hilos sus gotas. Yo pensé también: No veo el destino del hombre abrirse ante su paso cual un camino en que están apostados los dolores y los placeres, sino construirse la vida como la araña su tela, con un hilo que brota de sí mismo. ¿Quién hace buscar a las arañas de patas largas el rincón oscuro, y a éstas aplastadas la luz del sol? ¿Por qué unas encuentran a su paso ramas floridas y otras tan sólo el hueco roto de un cristal sucio? ¿A qué admirarse y murmurar porque a las tejidas en los rincones las cubre el polvo y no el rocío?»

Luego Juan Silvestre continuó su relación:

Al igual de los antiguos trovadores, escribía sus estrofas en la memoria de las gentes. La imprenta y las vanidades de autor no lograron atraerlo. Prefería pensar en sus versos, volando libremente de boca en boca, que no

aprisionados en un libro. Cuando se le hablaba de editar sus poesías y hacerlas vender también en la Europa, respondía con el poeta Kisaï: «Tú que vendes las rosas ¿por qué las vendes por dinero? ¿Qué podrás comprar con el dinero de tus rosas, que sea más amable que las rosas?»

Su palacio y sus alrededores hacían olvidar la sordidez de la ciudad y creer que no fué la fantasía la que hizo a los orientales de antaño ponderar la dulzura de su clima y el aroma de sus rosas. La entrada a sus jardines no estaba vedada a los mendigos que pululaban en las sucias calles y que podían buscar frescura a la sombra de los plátanos y a la orilla de las fuentes. Las elevadas cúpulas de mármol blanco, asomando a través de la verdura de los cipreses y de los pinares, hacían pensar a los miserables, en las palabras bondadosas con que el dueño acompañaba sus limosnas. El escepticismo del siglo había penetrado en su carne, pero gran conocedor de la humanidad y de su pueblo, predicó a los tristes que le salían al paso la nueva doctrina de Bab, en la que sentía un anhelo más fuerte de amor entre los hombres ya tan divididos y tan llenos de odio en el seno del mahometismo.

El horrible asesinato de los babistas cometido por los cortesanos persas; aquella macabra rivalidad que por ser amables a los ojos del Shah, los hizo pasear sus víctimas, sin respetar mu-

jeros y niños, a través de las llamas de antorchas; a destrozar los cuerpos a pedacitos, con una lentitud espantosa y a inventar otros suplicios no menos crueles—lo cual hizo morir a su abuelo de indignación—dejó en el espíritu del joven señor un gran desprecio por lo que en su país titulábase la nobleza. Lleno de asco por una sociedad que hacía prodigios en el engaño, y cuyos padres y abuelos eran estos asesinos del 48, se retiró a su hermoso palacio de Chiraz, medio en donde su afición por las letras encontraría más satisfacciones.

Su vida se deslizó desde entonces entre sus poesías, el amor y el estudio. Hacía sus versos, como los ruisseños de sus jardines, sus cantos: cuando el crepúsculo de la tarde palpitaba sobre los penachos de las palmeras o cuando la luna ponía su blancura sobre la blancura del campo en que florecían las rosas albas, y cuya extensión se perdía en el horizonte.

Sobre los almohadones de su lecho encontrábase siempre las últimas publicaciones más importantes del mundo entero y en el idioma original. Las grandes casas editoras de Europa tenían orden de enviar a la Persia lejana las publicaciones de más valor que hiciesen. Y era curioso ver esparcidas sobre los tapices, un clásico francés entre un filósofo alemán y un tomo de los dramas de Shakespeare o una edición del *Quijote* en la lengua de Cervantes apoyada en un rollo de seculares escrituras.

tal vez puestas en los mismos caracteres en que fueron escritos los libros sagrados del Zend--Avesta.

En su harem había mujeres georgianas con nombres sugestivos como los de *Las mil y una noches* y así llamábanse Nozha, que significa «Delicias del Jardín»; Kuat al Kulub, «Fuerza de los corazones»; Fetnah que quiere decir "Acacia", realzados cuando se pronunciaban contemplando las gentiles criaturas que los llevan. La gracia de la muchacha Tchtchen comprada en algún bazar del Cáucaso, con su talle esbelto bien marcado bajo los pliegues de la túnica elegante, sus pantalones de seda rosa sus babuchas amarillas y el gran velo que le cubría la cabellera, lucía al lado de la belleza severa y melancólica de una joven kurda de rostro moreno pálido, rodeado por la cabellera de un negro intenso. Pero ni éstas, ni otras no menos hermosas que cultivaban para él llenas de amor sus atractivos, tenían la seducción de una niña árabe arrebatada a una tribu de beduinos y comprada por él misericordiosamente. Las demás no ofrecían más valor a sus ojos que las estatuas de líneas impecables que ornaban sus salones. ¿Qué encanto emanaba de aquel delgado cuerpo que tenía las actitudes de los potros árabes con quienes tanto jugara allá en su tierra, y que a veces se le escapaba de entre los brazos con la rapidez de una flecha que se dispara? Las otras eran de una belleza plástica sin reparo, mas ninguna po-

día mirar con la mirada de sus ojos acostumbrados a abarcar los inmensos horizontes del desierto. Ninguna como ella sabía improvisar cantos tan tiernos mientras él apoyaba su cabeza en el seno que apenas levantaba, lo que se levanta el agua de un lago abrigado, cuando pasa un ala de brisa. Ya era la canción que decía del camello nacido al florecer las datileras, tan juguetón y cariñoso y para el cual ella iba a buscar la hierba más fresca. Lo prefería a sus hermanos y de noche lo acostaba a sus pies. Era hijo de la camella de pelo casi blanco sobre cuya joroba viajaban los niños de su tienda, porque ningún otro camello sabía llevarlos con tanto cuidado. Su leche era dulce y espesa y Fahima deseaba volver a humedecer sus labios en la leche de su camella blanca. Recordaba su placer de hacer con sus manos un cuenco moreno y llenarlo de agua para que el animal bebiese. Al terminar le acariciaba con la lengua las palmas y el rostro y le hacía tales cosquillas que la ponían a reír tan ruidosamente, que su madre salía a la puerta de la tienda mirando con asombro.

Otras veces cantaba los amores de las palmeras del dátíl cuando el viento primaveral lleva de un lado a otro el polen dorado.

Y más de una de las bellas poesías del príncipe Scharkan fué inspirada por la inquieta niña de piel morena que le decía para explicarle su amor: Cada vez que estoy contigo, mi señor, me siento como los caballos de mi país cuando se les



deja galopar en el desierto alfombrado con la fina hierba que la lluvia de la noche anterior hizo asomar entre la arena.

Por las mañanas subía a una elevada torre y con las alas de la nariz palpitantes miraba ansiosamente hacia el lado en que se extienden los vastos arenales de la Arabia. El príncipe la seguía y besando sus manos le preguntaba: ¿Quieres volver a tu país, Fahima? Yo haré buscar tu tribu. Y ella respondía: ¿Y qué haría sin tí, príncipe mío? Mi pena hallaría estrecho el desierto. Yo sólo estoy contenta cuando tu cabeza descansa sobre mi corazón. Vámonos juntos. Haremos una tienda de piel de cabra y tendremos rebaños numerosos. El sol no nos encontrará muchos días sobre el mismo sitio y nuestra tienda será plantada allí donde la hierba aparezca. Yo peinaré la crin de tu caballo y tendré su piel tan reluciente, que las estrellas se podrán mirar en ella. A tu regreso ordeñaré la mejor cabra, tendrás quesos amarillos hechos con mis manos, y mis dedos pondrán en tu boca los dátiles más dulces. ¡Oh! vente conmigo al desierto que por tí me vuelvo como «las gentes de arcilla⁽¹⁾».

A pesar de su vida sin grandes dolores, el príncipe no estaba contento. Los viajeros y guerreros que hubo en sus antecesores, clamaban en su sangre, y él deseaba luchar por causas nobles. La vida del desierto, amplia, de tienda y sin amo,

(1) Así llaman los árabes nómadas, despectivamente, a las gentes que construyen casas.

lo invitaba a través de los ojos y de los relatos de la pequeña beduina. ¿A qué sollicitación obedecer? La pereza, la cobardía y la falsedad, los distintivos actuales de su raza le decían que su sangre, alimento sólo de corazones altivos y generosos, no merecía derramarse en las continuas revueltas suscitadas a cada paso con los extranjeros y en las que no siempre los suyos tenían razón. La lectura del *Quijote* aguijoneaba de un modo extraño su imaginación. Probablemente un grano de locura andaba en la mollera del príncipe, al sentirse tentado en más de una ocasión a montar su caballo e irse para el mundo, al igual del Caballero Manchego, a enderezar los millones de entuertos que poblaban el siglo XIX que espiraba.

Fué un manuscrito en iranio muy antiguo, encontrado en una tumba, quien lo instó a partir. Halló un acento de verdad en lo que, para otra persona de fantasía más grave hubiera sido tan sólo la continuación de una leyenda.

Cuando el príncipe comenzó a leer dicho manuscrito, creyó haber encontrado el trozo de una poesía: «Amada mía que siempre fuiste para mis ojos como un tallo que cada vez que se contempla, está florecido con rosas nuevas. Quisiera morir con la cabeza apoyada en tu regazo más suave que la yerba que cubre la hierba de una fuente. Tu recuerdo y el de nuestro hijito revolotea en torno de mi corazón que ya va a quedarse inmóvil con un aleteo semejante al de los

pájaros alrededor del nido arrancado por el viento, y que se mece deshecho en el extremo de una rama». Después de estas líneas claras, seguían signos ilegibles, y más adelante estaba el plano del camino que había de seguirse para llegar a un castillo escondido en los Montes Elbours en donde se hallaban: «El pájaro Bulbuzar que saca la verdad por más oculta que esté, como el buzo la perla de la profundidad amarga del mar y lleva siempre la Sabiduría pendiente de su pico; un árbol cuyos murmullos son músicas inefables y una fuente que en vez de agua eleva hacia el cielo oro líquido». Así rezaba el manuscrito y quien escribiera decía también que estas tres maravillas fueron encontradas hacía siglos, por una de sus valerosas abuelas. Además pedía a su esposa hiciese educar al hijo que no vería más, por el Pájaro Sabio y al lado de la Fuente de Oro para que todo él fuese una aspiración noble como esta fuente que elevaba su oro hacia el cielo. Terminaba la escritura diciendo: «Amada mía, yo estaré más tranquilo en mi tumba si habitas cerca del Arbol cantador, porque su música hará suave la tristeza que te dejará mi ausencia».

El príncipe Scharkan, tomó el manuscrito no por una leyenda, sino por el mensaje que un príncipe moribundo enviara hacía siglos a su esposa.

¿Qué fué del escepticismo que la Europa pensadora y el siglo inocularan bajo su piel? Se diluyó en esa ansia de ciertas inteligencias que

no se conforman con lo maravilloso que bulle en su derredor, pues que de verlo los millones de ojos que han pasado por la tierra se ha tornado monótono, y van a buscarlo en lo que sale de la corriente de lo común.

En una madrugada abandonó el calor sedero de los almohadones y tapices de su lecho, destejó con tristeza el collar moreno y amoroso que los brazos de su beduina habían entretejido en torno de su cuello y montó en su caballo árabe, que lo mismo sabía beberse el viento que llevarlo sobre su lomo con el cuidado de una madre.

Meses y meses vagó por las hondoradas y las alturas de los Montes Elbours, sufriendo físicamente lo que debe sufrir a la intemperie, quien ha pasado su vida anterior entre mullidos tapices y la tibieza de las habitaciones saturadas de esencia de rosas.

¿Qué fué del olimpo y del paraíso creados por la imaginación irania en aquellas alturas? Bajo los hermosos bosques de fresnos, de encinas y de palmeras encontraba tan sólo aldeas miserables en las que sus habitantes se arrastraban consumidos por la fiebre que se levanta del suelo pantanoso; y al anochecer oía los chacales aullar en los alrededores, con el aullido con que desgarran el silencio de la noche cuando sienten el olor del cadáver. Muchas veces también, junto a los huertos en que los limoneros se cubrían con la escar-

cha perfumada de sus azahares y en que las granadas se esponjaban al sol, encontró mujeres llorando rodeadas de sus chiquillos calenturientos, porque se habían llevado al marido que no pudo pagar al recaudador el impuesto establecido.

Unos montañeses le contaron la tradición del castillo que se levantó junto a un torrente que tronaba allí cerca, propiedad de una dinastía del Irán, extinta hacía siglos. En él se guardaron tres cosas maravillosas: un Pájaro sabio, un Arbol que florecía en melodías y una Fuente que lanzaba al cielo una columna de oro. Una tribu nómada del país que hoy se llama el Turkestán, llegó hasta él, lo saqueó y le prendió fuego. Después la selva se había encargado de borrar hasta el último vestigio, y del castillo no quedaba más que lo referido por los abuelos montañeses.

El príncipe Scharkan se encaminó al Turkestán y vivió en todas las tribus de aquel territorio. Aprendió a amaestrar el águila real con los orgullosos kirghises y bajo una de sus tiendas de fieltro, encontró en los labios de una anciana una leyenda sobre sus tres maravillas; y la leyenda decía que les fueron arrebatadas por un clan vagabundo de las regiones del Cáucaso, el cual por conseguirlas atravesó el mar.

Su caballo árabe lo llevó a estas montañas: comió el pan de los hermosos tcherkeses quienes rinden culto a la belleza física al igual de los antiguos griegos. Los vió emprender aven-

turas terribles sin temblar y detener la mano vengadora, así en la pestañas de una mujer temblaba una lágrima. Pidió hospitalidad a los khevsoures que recuerdan a los caballeros de la Edad Media, con sus cotas de malla, sus cascos y sus guanteletes de acero. Ayudó a los georgianos a pastorear sus rebaños y el amor de este pueblo por la música lo conmovió. Aprendió los cantos que entonan mientras abren la tierra en surcos, y al son de su balalaika escuchó el relato de un árbol que cantaba con una voz tan melodiosa, que un niño de este pueblo enviado por sus padres a cuidar del rebaño, al escuchar su música olvidó la tarea y se fué en pos de ella. Nadie pudo encontrarlo, y cuando tornó a su aldea la halló destruida y él tenía la piel arrugada y los cabellos blancos.

Siguiendo la tradición atravesó el Kurdistán, Siria, Arabia y Palestina.

Al pasar por la Meca vió a unos peregrinos sirios arrancarse los ojos para no ponerlos después de haber visto la Piedra Sagrada, en espectáculo que encerrara pecado. Sin embargo, eran los mismos que más tarde invadieron la aldea árabe en donde se hospedó, y cometieron muchas crueldades con sus habitantes, de quienes eran enemigos porque pertenecían a otra secta del mahometismo. El mismo quedó herido al tratar de salvar a una mujer que llevaba su niño en brazos.

Y en Jerusalem, en el templo que los cristia-

nos aseguran se guarda el sepulcro de Jesús, las luchas mezquinas entre los representantes de las diferentes sectas del cristianismo, le indignaron: sacerdotes de una, que se deslizan en el silencio de la media noche y cortan la alfombra que cubre los dominios de otra para disminuirlos; la diplomacia asomando su peluca empolvada para ponerles fin; las luces de cada división brillando enemigas desde la puerta de entrada hasta el lugar de la tumba; griegos, latinos y armenios dirigiéndose miradas de odio a través de sus oraciones; odios atizados por cosas tan triviales como la procedencia del Espíritu Santo o porque se comulga con pan y vino o con sólo pan. Y como una ironía, las bayonetas turcas velando por el orden, a la entrada del templo en que la tradición ha enterrado al maestro de la Paz. La indignación que el príncipe Scharkan sintió al enterarse de todo ésto, no tuvo límites. Siempre había tenido una profunda admiración por la esencia del evangelio de Jesús y quiso, recordándolo, echar a latigazos la multitud que bullía en este recinto. Pero las manos de los guardianes turcos le hicieron comprender que todo lo que veía estaba en el orden permitido de las cosas.

¿Cómo esperar así, que el pájaro Bulbuzar, que jamás habló palabra sin sabiduría y que llevaba la Verdad en su pico cual una gota de agua pura, anduviese por esas tierras? Tenía la ilusión de que si lo hubiesen oído habrían procedido de otra manera.

Colmado de cansancio y desaliento, encaminóse a Smirna. Decíase que la maravillosa ave sí había enmudecido, según lo relata el cuento de la hija del visir de la India, pues todo en derredor suyo proclamaba que nada que fuera semejante a la verdad tal cual él la concebía, podía vivir en el mundo. No eran la sinceridad, la honradez del turco, su desinterés y su bondad, las causas de su decadencia entre la malicia del persa, la avaricia del armenio y la diplomacia del griego?

Ya hacía diez años de su partida. Ahora por estar tan lejos en espacio y en tiempo, recordaba con dolor desesperanzado, su campo de rosales blancos y el amor de la pequeña árabe cuyas caricias y cantos hicieran antaño sus delicias.

En Smirna eligió por morada la casa de un anciano turco, a cuyo techo vió volar llena de confianza y sin vacilar, una bandada de cigüeñas que el frío del invierno echara del Norte. Este vuelo le fué propicio. He aquí lo que el bondadoso viejo le contó, después de haberlo recibido con la amable hospitalidad con que este pueblo acoge a los que llaman a su puerta.

El príncipe le refirió sus aventuras y terminó diciendo:—Ahora parece que mi inteligencia se ilumina. La locura se apoderó de mí al leer el antiguo manuscrito que yo tomé por el mensaje verdadero de un príncipe moribundo a su amada. En vuestro interior quizá

me compadecéis. Es preciso estar loco para creer, cuando hemos entrado en el siglo XX, en pájaros maravillosos!

—¡Por Allah, que no estáis loco, huésped, mío! Vuestras tres maravillas existen y fácilmente las podéis conocer. En Chipre vive un turco con el cual desde la infancia me une un afecto profundo. Posee allí una propiedad cultivada de jardines y de viñas. Pues bien, este amigo mío tiene en sus jardines, los más bellos de la tierra tal vez, las maravillas que buscáis. Hace muchos años encontró en un viaje por los montes en que nace el Eufrates, un viejo solitario a quien no quiso abandonar hasta que murió. El fué quien lo hizo heredero del Pájaro, del Arbol y de la Fuente. Le contó también, que hacía unos cuantos siglos permanecían en ese sitio en donde terminaron sus días otros dos ancianos penitentes. Su tesoro no es conocido más que de mi y de sus leales servidores. Así, no es de extrañar que permanezca ignorado. Yo le prometí guardar el secreto, y si lo abro ante vos es porque pienso que hace diez años peregrináis por el mundo en busca suya. Meditad en lo inútil que ha sido la existencia de esta ave que lleva siempre en el pico la verdad.

En el primer barco que tocaba en la isla, partió el príncipe. Ya en ella supo que el turco había muerto repentinamente hacía varios meses, y la propiedad pertenecía ahora a un ban-

quero griego de quien era deudor y que habitaba en el Pireo. Embarcóse para este puerto, y gracias a su dinero no le fué difícil llegar hasta donde deseaba. Los títulos indudables de sus riquezas le abrieron también la amabilidad del hombre que le dió todos los pormenores que necesitaba.

El banquero tenía una hija casada en los Estados Unidos, con Mr. Allen Dicker, propietario de uno de los más ricos yacimientos de petróleo. En el mes anterior había estado con sus hijos a visitarlo. El menor de ellos contaba treinta años. Pues bien, unos días después de su llegada recibió una carta del administrador de sus propiedades en Chipre, quien tenía orden de destruir los jardines para convertirlos en viñedos (el príncipe comprendería: ni las rosas ni los jacintos le harían ganar nunca como el vino que se cosechaba en sus terrenos, célebre en la isla célebre por sus vinos). El administrador le daba cuenta de un pájaro que hablaba como un hombre, de una fuente de oro líquido y de un árbol que cantaba. Sus nietos, apenas se enteraron, partieron y volvieron con el pájaro, el manantial y el árbol. Entre los papeles del turco se encontraron unas indicaciones que decían bastaba llevarse una gota para que la fuente se agotara en el lugar y brotara donde la gota se derramase, y cortar una rama para que se levantara un árbol donde fuese sembrada.

Y el banquero había añadido riendo maliciosamente, que los americanos del Norte parecen urracas, pues todo lo que en su camino encuentran que brille un poco más de lo común, lo llevan a su nido, esto es, le colocan encima de las estrellas de su pabellón.

La hija y los nietos habían vuelto al hogar, en New York. El le daría cartas si lo deseaba, para que le fueran mostradas las tres maravillas.

Una mañana un barco lo dejó en la populosa ciudad en la cual la civilización se revuelca poseída de frenesí. Siguiendo no ya las huellas de la tradición y de la leyenda, sino las de la realidad, se detuvo una tarde ante un jardín a la inglesa, situado en las afueras de la población. No se veía allí una brizna de hierba que sobresaliera de las otras, las calles estaban escrupulosamente enarenadas y las flores de las platabandas tan cultivadas, que habríase dicho las fabricaron las manos de los hombres. A la puerta, un empleado con galones expendía billetes. Fué preciso comprar uno por dos dólares, para entrar. Una multitud compuesta de lo que se compone el género humano: hombres y mujeres en todas las edades, se paseaba por las calles riendo y conversando. La corriente lo llevó frente a una plazoleta rodeada de gentes cuya mayor parte estaba en actitud de escuchar. En el centro de ésta, elevábase un fresno semejante en todo a los de su

país. Primero no oyó nada que le llamase la atención; al cabo, una melodía nunca sentida hasta entonces, puso su dulzura inefable en su oído: ya parecía cantada por una fuente, ya que con pajitas tocaban en el borde de copas fabricadas de un cristal más fino que una telaraña. El príncipe sentía como si sobre su corazón el musgo pasara su caricia y como si la luz del crepúsculo convertida en música fuera por el aire. Sin embargo, no podía escuchar como deseaba. Dos caballeros a su lado conversaban a media voz de transacciones de la bolsa; en otro grupo menos respetuoso, un obeso señor de rojas manos, calculaba sobre las ganancias posibles que se obtendrían con las acciones de cierto ferrocarril en la América Central, y a lo lejos los ruidos de la ciudad: gritos de vendedores ambulantes, las sirenas de los barcos, el rumor que las ruedas de los tranvías, de los automóviles, de los carruajes, dejaban tras sí... y de rato en rato, como la luz de la estrella que se pone, la música inefable del árbol.

Una oleada de tristeza remontó su pecho y sintió ganas de sollozar. ¡Esa música pero en otro sitio!... Salió del jardín y mientras los transeuntes le daban codazos y empujones, él fantaseaba: si el mayor de los de Mr. Dicker le vendía el Arbol, lo llevaría a sus jardines de Chiraz y lo plantaría al final de la avenida de los cipreses, a la orilla del lago en que nadaban los cisnes negros traídos de la

India. Cuando el crepúsculo de la tarde pusiera el hechizo de su melancolía en este sitio, y cuando las estrellas tejieran en el aire sus redes de luz, él soltaría la amarra de una barca y se iría lago adentro, recostado en el regazo de su pequeña árabe. ¡Cómo flotaría sobre este encanto, el encanto de la música del Arbol!

Hizo su proposición al Mr. Dicker dueño del Arbol y éste se puso a echar sus cálculos: escuchándolo, el príncipe creía que una mano de hierro le estrujaba la garganta.

Mr. Dicker pensaba enviar su Arbol por el mundo entero y casi podía hacer el cómputo de los millones de dólares que ganaría en un año. ¡Oh! Entenderse con un hombre que sabía trazar números con mano tan segura no era posible.

Fué al fin Mr. Dicker poseedor de la Fuente de oro líquido. Se le condujo a una gran habitación sombría, olorosa a ácidos y rodeada de estantes repletos de probetas, retortas, frascos de todos tamaños, y otra cantidad de los objetos que se ven en un laboratorio. Mister Dicker y un hombre de edad indefinible con cara de sabio, manipulaban, envueltos en delantales de tela gruesa, junto a una pila forrada en planchas de acero. De la pila subía hasta el techo abovedado algo que el príncipe tomó por un haz de rayos de sol. ¿Qué significaba todo esto? Mr. Dicker explicó: el

hombre que estaba a su lado era un notable químico y entre ambos trataban de solidificar el chorro de oro y convertirlo en una gran barra, que a su vez sería dividida en millones de piezas redondas, sobre las que se estamparía su águila simbólica. Encontraba tan inútil este chorro elevando sin cesar su oro al cielo, en vez de ponerlo a correr entre los hombres! ¡Una gran idea, muy práctica, sobre todo! Creía que su abuelo y la suerte le habían dado la mejor de las tres maravillas. El Arbol... ¡psh!... los fonógrafos y las pianolas le harían competencia. ¿Y el Pájaro? ¡Ah! Pero si él no le hacía más caso que a un loro.

¡Oh! ¡La Fuente de oro que él imaginara elevándose en el centro de su campo de rosas blancas!

El menor de los Mr. Dicker, estaba en París con el pájaro Bulbuzar. Tras él encaminóse a Europa. No llevaba esperanza alguna de conseguirlo. ¿Qué explotación fabulosa habría emprendido con esta ave maravillosa? Quería ya tan sólo partir habiendo visto el Pájaro de la Verdad. ¿Qué harían los hombres frente a él? Sólo los Dicker podían llamarle loro.

Pero el menor de los Mr. Dicker no había emprendido ninguna explotación de la clase de las de sus hermanos, sino que regaló el Pájaro a una duquesa arruinada cuyo título lo atraía.. Al príncipe no le fué difícil ser admitido en los salones de la duquesa, uno de los

centros de la política y de las letras de esa época. Su gallarda presencia y la pompa con que se rodeó para llegar donde quería, le abrieron todas las puertas.

Una noche la linda duquesa se le colgó del brazo y comenzó a coquetearle mientras lo paseaba por los salones en que se bailaba, se jugaba, se intrigaba y se hacía aureola a los autores cuyas obras por sí solas no habían bastado a formarles una. El príncipe se atrevió a preguntarle por su Pájaro. Una carcajada burlona acogió su demanda.

—¿Acáso creéis también en las historias de Mr. Dicker y en los cuentos de *Las mil y una noches*, que se tornan realidad cuando el siglo xx ha llegado? Bien se conoce venís del Oriente. Seguidme, y ojalá soñéis entre tanto que soy una de las hadas de los cuentos que conducían a su príncipe a la dicha.

Se les reunieron Mr. Dicker, dos poetas, un autor dramático y un periodista.

Por fin, en el fondo de una galería de cristales, y entre un macizo de plantas exóticas, el príncipe contempló su Pájaro, por el cual, más que por las otras dos maravillas, hacía diez años peregrinaba por el mundo. Sí, allí estaba en una jaula de oro, con su penacho y los bellos colores de su plumaje.

—Quiero, príncipe, que oigáis la terrible verdad que dijo el día en que Mr. Dicker me lo trajo, ante el embajador de Austria.

La voz de la duquesa desfallecía de risa.

—Oye, pájaro Bulbuzar, es muy grande el amor que me profesa Mr. Dicker?

—El desea el título y tú su dinero.

Sí, la verdad colgaba de su pico con la transparencia de una gota de agua, pero una carcajada acogió sus palabras. El príncipe estaba rojo de vergüenza.

—¿Oís príncipe? Mr. Dicker y yo suponemos que el amor vendrá después del matrimonio. No será como el de la Edad Media... ¡Oh! no. Un poco menos romántico.

—Ya ese sentimiento tal cual lo cantaba Shakespeare y que hacía caminar a los lamartiniños despeinados a la orilla de los lagos a la luz de la luna, no hace falta en la vida—dijo servilmente uno de los poetas.

—Dínos algo a nosotros, dijo el otro de los poetas.

—Qué queréis que os diga: ¿qué negociabais hace un momento con el periodista para establecer una compañía de elogios mutuos por la prensa? Es preciso vender el libro de versos «La espuma del pecado» y la comedia en verso...

El poeta interrumpió:—¿Sabes pajarito pinto, que me asombras? ¡Qué fino de oído, pájaro admirable!

La risa los retorció como juncos.

—Y Ud., señor de la Filouterie, ¿no pregunta nada? ¿No quiere que conozcamos sus pecadillos?

—Le digo a Ud., duquesa, que me sonrojaré.

El señor de la Filouterie era un bohemio a la moderna, es decir, un egoísta forrado en desfachatez. Si tenía lleno el bolsillo, sabía abrirle un agujero de modo que el dinero cayese en sus propias manos. Así pasaba por liberal entre sus amigos, pero el sastre y el casero lo llamaban tramposo, y de este dinero que lisonjeaba sus vanidades no llegaba ni el reflejo a su madre y a sus hermanas, cuyos ojos se gastaban en una ciudad de provincia, pintando abanicos y sombrillas y bordando para ayudar a su hermano, un gran literato allá en París.

—¿Y para mí, pájaro Bulbuzar, qué tienes para mí?—preguntó el bohemio.

—Esta mañana no pagaste a tu lavandera que tiene un niño enfermo, por tener con qué comprar un ramo para la bailarina cuyas pirouetas tanto te enamoran.

—¡Oh! Señor de la Filouterie, que malo es Ud. Quiere decirnos a que manos ha ido ese ramo? Deseo pesar su buen gusto.

La risa había puesto morado al periodista y en los ojos de todos chispeaba una desvergonzada malicia.

—¡Cínicos! ¡Cínicos!—cantó el pájaro.

El periodista también hizo su pregunta:

—Díme algo, Pájaro maravilloso, de lo que pasa en este momento por el mundo. Alguna noticia que pueda causar sensación...

—En el norte, cerca de la frontera se acaba de abrir una vía de agua en una mina de carbón. ¡Cuántos ahogados! En la boca del pozo hay mujeres y niños dando gritos.

La voz del pájaro sonó lúgubre en la galería.

—¿Con qué cuentos nos vienes ahora, ave de mal agüero?—exclamó la duquesa con ira—. Es que nos quieres aguar la fiesta?

El príncipe se atrevió a proponer: Os compro el pájaro duquesa.

—Os lo regalo, príncipe. Lleváoslo en buena hora. Estoy segura de que Mr. Dicker no se disgustará.

—No—asintió el americano. Al fin llega a ser un huésped molesto.

Y el bohemio a guisa de broma:—Ha hecho Ud. bien, duquesa. Tiene más inconvenientes que un loro.

—

Cuando el príncipe regresó a su país la pequeña árabe había muerto de pena.

Un desaliento profundo se apoderó de él; ningún verso salió ya a cantar a sus labios y los libros no volvieron a dejar sus estantes. De Europa bien podían llegar impresos los más grandes filósofos y poetas, sin que se dignara siquiera mirarlos. Una mañana, pocos meses después de su vuelta, sus servidores lo encontraron muerto. Uno advirtió que en sus pestañas la vida dejó enredada una lagrima.

Aun existe su palacio en Chiraz, ahora pro-

piedad de un lejano pariente del príncipe Schar-kan, y cuentan que en un pabellón apartado, cuelga la jaula de oro en la que todavía está vivo el pájaro Bulbuzar. La verdad bien puede estar suspendida en su pico cual una gota de agua muy pura y muy cristalina, sin que nadie la recoja: el viejo servidor que algunas veces le lleva el alimento, está sordo.

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
PERFILES BORROSOS	3
JUAN SILVESTRE.....	7
DEDICATORIA.....	11
LAS MADAMAS BOVARY	13
POR ESAS ALMAS	27
DEL DIARIO DE JUAN SILVESTRE.....	39
LO QUE FUÉ DEL PÁJARO BULBUZAR, DE LA FUENTE DE ORO Y DEL ARBOL QUE CANTA ..	51